

Queridos hermanos sacerdotes:



Ante todo, les deseo muy feliz Navidad, en estos días en que estamos celebrando el eco del misterio de Belén, que humildemente sigue resonando en nuestros corazones, dejándonos ese sabor de gozo profundo, de paz, de nuevo nacimiento, de espíritu de infancia, de inocencia primordial...

En la pequeñez de un pesebre encontramos la grandeza de Dios, que no se atemoriza frente a nuestras fragilidades, ni le repugnan nuestras limitaciones, sino que las abraza con infinita ternura, haciendo resplandecer lo opaco, con la claridad de su Gloria. Esta es la Buena Noticia anunciada por el Ángel a los pastores: ***una gran alegría para todo el pueblo***, para toda la humanidad: ¡Dios está cerca, Dios nos salva, Dios se hizo hombre para que el hombre sea Dios, la soledad y la orfandad han sido vencidas! ;***Que resuene este eco por toda Ja tierra!*** (Sal 18,5)

Como ustedes saben, como parte del ministerio episcopal que se me confía, está la responsabilidad fundamental de velar por el bien común de toda la Iglesia, no sólo de nuestra diócesis de Chascomús. Es lo que San Pablo expresaba como ***solicitud por todas las Iglesias*** (2Cor 11,28). Entre los saludos navideños recibidos en el día de ayer, me encontré con uno particular, el de mi hermano obispo de Añatuya, José Luis Corral, donde me expresaba un pedido concreto de colaboración con su diócesis. Obviamente que sus palabras no me fueron indiferentes, dado el gran cariño y aprecio que tengo hacia su persona y hacia todo el pueblo santiagueño. La diócesis hermana de Añatuya necesita ***un sacerdote*** por algunos años, para cubrir una parroquia que quedaría sin pastor a partir de marzo. Sé que parece una osadía plantearles esta necesidad, dada la carencia que sufrimos en nuestra propia tierra diocesana. Sin embargo, esta rápida y sencilla respuesta no me deja sosiego en el alma. Creo que el Señor nos puede estar invitando, a través de este pedido, a ***dar desde nuestra pobreza***.

Me venía, de forma recurrente, la imagen de la viudita del Evangelio ***dando todo lo que tenía para vivir***, en esas dos moneditas de cobre. Dios es testigo del gran esfuerzo que cada uno de ustedes realiza para llegar con la atención pastoral de sus parroquias. Soy consciente de que la partida de un sacerdote sería una conmoción para todos, dado el reordenamiento que deberíamos hacer para cubrir ese territorio que quedaría sin atención pastoral. Por tanto, no se trata sólo de la decisión o disponibilidad de uno solo, sino de un cuerpo presbiteral que, con generosidad misionera, asume esta llamada a una mayor entrega. Me venían al corazón las palabras de nuestros obispos en Aparecida, citadas por el Papa Francisco en el número 10 de la Evangelii Gaudium: *La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de Ja vidason los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás* (DA 360).

Nuestra diócesis está siendo muy generosa con el envío de dos laicos muy valiosos en la Amazonía peruana, Patricia y Juan, que están haciendo mucho bien y dando mucha vida. Su presencia misionera es una enorme gracia para nuestra diócesis, que se deja enriquecer por sus testimonios de entrega, que nos cuestionan y movilizan. Días atrás, compartíamos con alegría la noticia de que un hermano nuestro, P.Ricardo Fracchia, dejaba la arquidiócesis de San Juan, para asumir una parroquia en La Rioja, donde hay mayor escasez de clero. Estos testimonios y muchos más que abundan, gracias a Dios, en nuestra diócesis, nos entusiasman a seguir siendo fieles al Señor que no se cansa de llamarnos a tener una vida más plena y más entregada.

Por eso, queridos hermanos, los invito a cada uno a discernir delante del Señor, a dejarse interpelar por este llamado. Estoy convencido de que cuanto más generosos seamos con el Señor, tanto más nos bendecirá con vocaciones al servicio del Pueblo de Dios. Una Iglesia viva siempre

es fecunda, engendra vida dentro y fuera de los confines del propio territorio. La confianza arriesgada en que Dios no se deja ganar en generosidad, nos invita a asumir riesgos, dejar comodidades y asumir la desinstalación como forma de ser Iglesia. Sabemos que este dinamismo misionero, que decidimos asumir en nuestra diócesis, nos compromete a todos, a ser una **Iglesia totalmente ministerial** (Papa León, Homilía equipos sinodales, 26/10/25), es decir, una Iglesia donde todos participamos activa y maduramente con nuestros dones y talentos, al servicio de la misión, para que muchos crean y tengan Vida en Jesús (Jn 20,31).

Quisiera concluir con las palabras de San Juan Pablo II a los sacerdotes, que nos animan a la cooperación misionera. Allí el Papa cita en dos ocasiones las actuales palabras conciliares de la *Presbyterorum Ordinis*, que en este año está cumpliendo sus 60 años:

*La pertenencia y dedicación a una Iglesia particular no circunscriben la actividad y la vida del presbítero, pues, dada la misma naturaleza de la Iglesia particular [PO 10] y del ministerio sacerdotal, aquellas no pueden reducirse a estrechos límites. El Concilio enseña sobre esto: «El don espiritual que los presbíteros recibieron en la ordenación no los prepara a una misión limitada y restringida, sino a la misión universal y amplísima de salvación "hasta los confines de la tierra" {Hch 1, 8}, pues cualquier ministerio sacerdotal participa de la misma amplitud universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles». Se sigue de esto que la vida espiritual de los sacerdotes debe estar profundamente marcada por el anhelo y el dinamismo misionero. Corresponde a ellos, en el ejercicio del ministerio y en el testimonio de su vida, plasmar la comunidad que se les ha confiado para que sea una comunidad auténticamente misionera. Como he señalado en la encíclica *Redemptoris missio*, «todos los sacerdotes deben de tener corazón y mentalidad de misioneros, estar abiertos a las necesidades de la Iglesia y del mundo, atentos a los más lejanos y, sobre todo, a los grupos no cristianos del propio ambiente. Que en la oración y, particularmente, en el sacrificio eucarístico sientan la solicitud de toda la Iglesia por la humanidad entera».*

*Si este espíritu misionero anima generosamente la vida de los sacerdotes, será fácil la respuesta a una necesidad cada día más grave en la Iglesia, que nace de una **desigual distribución del clero**. En este sentido ya el Concilio se mostró preciso y enérgico: «Recuerden, pues, los presbíteros que deben llevar en su corazón la solicitud por todas las Iglesias. Por tanto, los presbíteros de aquellas diócesis que son más ricas en abundancia de vocaciones, muéstrense de buen grado dispuestos, con permiso o por exhortación de su propio Obispo, a ejercer su ministerio en regiones, misiones u obras que padecen escasez de clero» [PO 10]. (Pastores dabo vobis, 32)*

*El sacerdote debe madurar en la conciencia de la comunión que existe entre las diversas Iglesias particulares, una comunión enraizada en su propio ser de Iglesias que viven en un lugar determinado la Iglesia única y universal de Cristo. Esta conciencia de comunión intereclesial favorecerá el «intercambio de dones», comenzando por los dones vivos y personales, como son los mismos sacerdotes. De aquí la disponibilidad, es más, el **empeño generoso por llegar a una justa distribución del clero**.* (Pastores dabo vobis, 74).

Les agradezco su atención, disponibilidad y entrega cotidiana. Ponemos en manos de la Virgen la misión juvenil diocesana que hoy estamos comenzando en Loma Verde, para que Dios siga apasionando el corazón de muchos jóvenes con la aventura de su Reino. Feliz Navidad

+Padre Juan Ignacio Liébana
Obispo de Chascomús
26 de diciembre de 2025
Fiesta de San Esteban